

El Garbanzo

PERIÓDICO DE PRIMERA NECESIDAD.



Una olla por semana.

Un trimestre en Madrid, 5 rs.—Un trimestre en provincias, 6 rs.; un semestre, 11 rs.—20 rs. al año en toda España.—
Extranjero, 8 rs. trimestre, 14 semestre y 26 un año.—Un año en Ultramar, 40 rs.—Un número suelto atrasado, 4 cu-
tos.—La correspondencia al Director, Arenal, 16, librería.

Una indigestión cada ocho días.



Y no vendrá la liquidación social, para que nos apoderemos de eso?



Aspecto de la Asamblea que no se debe disolver.

ADVERTENCIAS

No recibirán más el periódico los corresponsales mo-
rosos en sus pagos; no haremos excepción alguna.

El sábado se pondrá a la venta en nuestra librería y
administración, Arenal, 16, el nuevo tomo de Eusebio
Blasco que contiene todas las

Obras festivas en prosa.

12 reales en Madrid.—14 en provincias.

Los corresponsales de provincias pueden hacer sus pe-
didos acompañando el importe.

De un momento a otro se publicará el cuaderno 6.º de

Madrid por dentro y por fuera.

El retraso no ha sido culpa nuestra sino de la inter-
rupción de las líneas férreas y demás obstáculos tradi-
cionales.

CRÓNICA.

—¿Con que EL GARBANZO no es republicano?

—¿Con que no es conservador?

—¿Con que ya no es?

—No, hombre, no; EL GARBANZO no es ni republicano,
ni conservador, ni alfonsino, ni carlista. No hacer juicios
temerarios. Porque saludamos a la República naciente,
esperando que con ella se arreglara esto, y porque al
número siguiente hemos dicho que no velamos nada
nuevo hay quien nos acusa de impacientes, de reacciona-
rios... ¡qué sé yo!



Vecina, ¿nos agrupamos?



¡La mano oculta!

Cantata núm. 10.002.

Patria feliz.
Patria feliz.



Porvenir radical.



Primer día de cuarentena.

—Pero, hombre, explíquese Vd.
—Pues ¿no me explico?
—¿Qué quiere EL GARBANZO?
—EL GARBANZO quiere la prosperidad moral y mate-
rial del país, tráigala quien la traiga.
—¡Pero, hombre, Vd. todo lo quiere en seguida!

—Pero, criatura, si llevamos cerca de un mes de nuevo
estado de cosas, y no oímos más que los republicanos y
los radicales son amigos, que ya no lo son, que cambia
el ministerio, que va a volver a cambiar, que se disuelve
la Cámara, que ya no se disuelve, que... en fin, lo de
siempre, pleitos, temores, discursos, palabras, palabras
y palabras.

—Todo se andará.
—Así le decían al azotado. Todo se andará si la soga
no se rompe. ¿Se ha armado Vd.?

—¿Yo?
—Hombre, parece que se arman los vecinos.
—¡Ah, sí! También en mi barrio hemos tenido reunión
para eso.

—¿Y qué tal?
—Muy bien. Nos armaremos.
—Y ahora parece que los diarios ministeriales temen
que el armamento sea cosa de los reaccionarios.

—¿Como que lo es!

—¿Cree Vd.?

—Naturalmente. Porque... lo que dicen los republica-
nos, ¿por qué no se arman los vecinos cuando los atro-
pellaba la partida de la Porra? Y ahora que no la hay...

—Hombre, yo le diré a Vd. Yo no sé si hay porra,
pero al ciudadano Martos le han ido a hacer una visita
de toda etiqueta, al anochecer y con trabuco.

—Esas son invenciones.

—Pues mire Vd., por lo que es cuenta el que más y el
que menos se prepara a recibir las visitas que puedan
hacerle.

—Luego cree Vd. que los republicanos...

—No creo nada malo de los republicanos, ni de los
supuestos demagogos. Yo creo que aquí los verdaderos
demagogos son los radicales.

—Eso sí que es verdad.
—¿Ve Vd. como nos vamos entendiendo?
—Puede.
—Sí, hombre; los radicales que ahora las echan de
republicanos, son los que aquí han de dar disgustos y
gordos. Pero los demás no.

—¿Luego vuelve Vd. a ser republicano?
—No, señor. A mí me tiene sin cuidado que mande
Juan o Pedro, con tal que la seguridad personal esté ga-
rantida y asegurado el orden que es el primer elemento
de la prosperidad de un país; y en prueba de ello, le voy
a Vd. a decir francamente lo bueno y lo malo que ha
visto el país en esta semana.

—¿A ver?

—Mire Vd.; eso de que Pi respete a los empleados in-
teligentes en sus puestos, y no haga más vacantes que
las puramente necesarias, y se niegue a servir a un re-
comendado de Martos por no dejar cesante a un emplea-
do antiguo, como ha hecho el otro día, eso me parece
admirable.

—¡Es claro!

—Pero en cambio me parece muy mal que en época
de completa libertad, y cuando los partidos dominantes
piden fusiles sin cesar, se incomode nadie porque los ve-
cinos se armen o se dejen de armar por su cuenta.

—Pero es que se arman con intención...

—No lo creo; pero aunque así fuera, mientras no ha-
gan armas contra el gobierno constituido, no están fue-
ra de la ley. También se armaron, y hasta se pusieron
en acecho los presuntos asesinos de D. Amadeo, y nadie
les dijo nada hasta que hicieron fuego. O la sistema rige,
ó no rige.

—Luego Vd. cree...

—Creo que el comercio de Madrid ha dado en todas
ocasiones pruebas de liberal...

—Pero nunca se ha preparado como ahora.

—Porque nunca ha dejado de confiar en el ejército, y
ahora oye decir que el ejército está indisciplinado.

—¿Y la milicia ciudadana?

—Nadie le niega que es hoy firme sosten del orden

pero si en un día de alarma se la llevan los señores diputados al Congreso para su uso particular, como hicieron la semana pasada, dígame a Vd. que nos podemos echar a dormir los vecinos.

—La Asamblea se disolverá.

—¿Cuándo?

—Y el ejército se disciplinará.

—¿Cuándo?

—Y...

—Pero respóndame Vd., ¿cuándo? Porque la verdad es que los que no hacemos política, estamos esperando todos los días las novedades y primeros pasos consiguientes a todo gobierno nuevo, y todavía no hemos visto más que nombramientos de personas y discusión de la abolición de la esclavitud, y gobernadores nuevos y muchos, muchísimos carlistas en armas.

—Deje Vd., que ahora con los voluntarios...

—Sí; ya he visto que a pesar de que la insurrección carlista se dominaba en ocho días, como dijo el Sr. Ruiz Zorrilla, ahora resulta que además del ejército se necesitan 45.000 voluntarios para sofocar aquello. Lo que es Saballs debe estar muy contento.

—Hablemos de otra cosa.

—Más vale.

—¿Qué opina Vd. del ministro de Hacienda?

—Me parece animado de los mejores deseos. Tiene talento. Ha comprendido que se debe pagar y ha levantado algo la confianza.

—Los fondos suben.

—Pues esa es gran señal.

—¿Y de Cataluña?

—No hablemos de eso.

—¿Tiene Vd. malas noticias?

—Malísimas.

—¿Qué dicen los industriales?

—Que no tienen una peseta.

—Pues ya es decir.

—Figúrese Vd.

—¿Convendrá Vd. en que la República tiene mucho que hacer?

—Sí, pero no sabe por dónde empezar; ¿no es eso?

—Hará lo que pueda.

—Le advierto a Vd. que en mi tierra hizo uno todo lo que pudo y no hizo nada.

—¿Vendrá la demagogia?

—No sé, pero la demagogia no es tonta y ni a Vd. ni a mí nos ha de hacer ningún daño.

—Mi casero que es radical...

—¿Radical? Pues hombre mudece Vd. de casa.

—¿Eh?

—¡Es claro! Mire Vd., los moderados siempre han gobernado de una manera; serían más o menos duros, pero eran consecuentes; los republicanos harán lo que puedan y ó salen adelante ó se hunden, pero ya sabemos qué quieren y tienen un credo y un objeto. Los carlistas ya sabe Vd...

—Sí, sí.

—Pero esa docena y media de ambiciosos de medio pelo, que hace cinco años eran republicanos, hace cuatro monárquicos del duque de Génova, hace dos monárquicos del duque de Aosta, hace un mes dinásticos furibundos de Amadeo y hoy republicanos de prisa y corriendo, esos son los responsables de la desmoralización de cuatro años, de la sangre vertida, del desbarajuste de la Hacienda, de la desorganización del ejército, de la miseria de los pueblos, de todo, de todo, y de todo. ¿Y le parece a usted poco demagogo el que de la nada se ha hecho hombre en cuatro días, y se come a la nación, y sirve todas las causas en provecho propio y no se detiene ante la desolación, la indisciplina, la bancarrota, la apostasía y todas las calamidades juntas?

—Eso sí es gran verdad.

—Pues por eso le digo a Vd. que tenga la seguridad de dos cosas; primera, que no habrá nunca demagogos más terribles que los que hemos tenido en estos cuatro años de España con honra, y segunda, que si aquí hay un estropicio, ni a Vd. ni a mí que vivimos trabajando para ganar estos pícaros garbanzos nos puede hacer daño nadie. Otros hay que deben tener la conciencia intranquila. Déjelo Vd. correr que no habrá nada, y si hay algo no pagarán los justos por los pecadores.

—Yo creo que no habrá nada.

—Creo lo mismo, pero en fin, sea lo que Dios quiera. De pagar no hemos de salir, con que mano al bolsillo, y Dios sobre todo, como dicen en los calendarios.

CONVERSACION.

Se pasó una semana sin disgustos a los señores, no ganamos para sustos! A un ciudadano que se fué hacia el Norte huyendo de la ex-Córte

me lo han cogido cerca de Vitoria y se me lo han comido en pepitoria.

Un suscriptor tenemos que adora los extremos (y es muy buena persona y vive en Barcelona)

que nos dice: «La cosa va de veras,

aquí está ya Contreras,

y por no perder tiempo en mudar ropa

sale con hongo a visitar la tropa.

Pues no te digo nada

de Málaga y su gente acalorada,

Santa María fué, y ahora dímite,

no extraño que un ministro aterrorizado grite:

señores, *apretavis quibus cobis*

¿vuelve Santa María? Ora pro nobis.

En Aragón no hay nada, unos facciosos

campechanos, rumbosos,

que bailan en los pueblos y dan *hurras*

y que hacen el amor a las *baturras*.

Y en las provincias vascas

se pasan sus borrascas

entre soldados que se vuelven sordos

(y que nos han de dar disgustos gordos)

y unos curas muy ternes

que fusilan en viernes,

(han resuelto en familia

matar la gente en día de vigilia.)

¿Y, en Madrid? En Madrid hay calma chicha

y hemos pasado ¡oh dié! una

semana sin que algunas gentes

hartas de transigir é intrasigientes

nos amenacen ¡ay! con el diluvio;

pero van a traernos el Vesubio

que ya lo han encargado

a un señor emigrado

y en cuanto esté el volcán en las Vistillas

es cuestión de una caja de cerillas.

El Gobierno entretanto,

ya piensa en el quebranto

que ofrece la salud del presidente

harto de transigir con cierta gente.

El señor de Becerra

de rabia antes de ayer mató la perra,

y el señor de Rivero

está dándole vueltas al sombrero

pensando en que es muy mala la fiebre

y en cortarnos a todos la cabeza:

porque estos radicales

tienen sistemas muy originales.

En tanto el tiempo vuela

y no van los muchachos a la escuela

porque las madres todas afligidas

dicen que habrá corridas.

El comercio está malo, dicen todos,

y el *bebercio* peor; pero hay mil modos,

señora doña Eulogia,

de contener la fiera demagogia,

y se arman los vecinos

y se enfada el señor de Somolinos.

La Asamblea no llega a estar cerrada

y en cambio no hace nada,

y el que tiene dinero ha dado en irse

a Londres ó a París a divertirse.

Esto es lo que sucede en nuestra España,

país de la cucuña.

Los políticos son unos chambones.

Salud y cañamones.

¿Y estos señores, qué harán ahora?

ASAMBLEA NACIONAL.

PERSONOMÍA DE LAS SESIONES.

Así que terminó el carnaval en las calles, la Asamblea reanuda sus sesiones.

Tenemos que agradecer a nuestros representantes su buen deseo por proporcionarnos diariamente una distracción gratis, ya que no nos den orden, prosperidad, ni cosa que lo valga.

Sesión del día 27.—En los escaños gran concurrencia de representantes. En el banco azul el ministerio Pí-Chao en masa, á excepción del ministro de la Guerra que no puede sentarse por no ser diputado ni senador. Las tribunas concurridas. Preside el Sr. Gomez, con lo cual queda dicho que en la sesión reinará perfecto desorden.

Nos dan el alboron de que podemos contar con dos nuevos representantes. Más vale llegar á tiempo....

Se da lectura de algunas enmiendas al proyecto de Ley

de abolición. En mi concepto mejor que enmendarlo sería desecharlo.

El Sr. Labrador, que por falta de tierras que cultivar se ha metido á orador, como yo pudiera ahora dedicarme á hacer cañones, califica de *magnífica* la revolución, y pide un inventario de los *magníficos* objetos que había en el palacio de Madrid cuando aquella se consumó *magníficamente*, á fin de probar la *magnificencia* que ofrece la sensatez del pueblo de Madrid que nada de aquello se llevó.

Que el pueblo no se ha llevado nada de aquello nos consta, pero no diremos otro tanto respecto á otras personas. Conste que D. Camilo se llamará en adelante don Magnífico.

El Sr. Jove y Hevia pregunta qué hay de cierto sobre el estado de Cuba y Puerto-Rico y el Sr. Sorni le responde que está en el Limbo.

El Sr. Cisa y Cisa formula en preguntas los sueltos de *La Correspondencia*.

Hablan despues sobre el proyecto de abolición los señores marqués de Barzanallana y Labra, quedándose casi desierto el salon, pues los representantes no gustan de mezclarse en cosas que nada les importan.

Sesión del día 28.—Se abre á las dos y media, ocupando la presidencia, como alma en pena, el Sr. Gomez. El ministerio brilla por su ausencia. El salon representa un cementerio.

Llueven las preguntas como de costumbre, pero á ellas se dá la calada por respuesta.

El Sr. Sicilia pide que se supriman el Consejo de Estado y los ministerios de Marina, Fomento, Gracia y Justicia y Ultramar. Y si el Sr. Sicilia se suprimiera de la Asamblea?

El Sr. Gonzalez Chermá y el Sr. Olave abogan por el armamento nacional. ¿Y el ejército qué papel hace?

La voz del Sr. Cisa no deja de oírse tampoco en esta sesión. Si por cada pregunta que ha dirigido al gobierno le dieran un voto, de fijo tendría asegurada la elección para las próximas Cortes en media España.

La Asamblea aprueba, sin oírlo, el presupuesto de Fomento y el general, si aprobar pueden los que no están presentes, pues en el salon no había arriba de doce representantes.

Sesión del día 29.—Preside el marqués de Perales. ¿Y el Sr. Martin, está esperando á que le crezca la barba para presentarse?

El Sr. Sorni representa en el banco al ministerio Pí-Chao. No es lluvia, sino granizo de preguntas lo que cae sobre él; afortunadamente ya ha aprendido la muletilla adoptada por nuestros ministros para tales casos.

El Sr. Somolinos.—Los alcaldes deben separarse, porque son una rémora para la república.

El Sr. Sorni.—Somos muy liberales.

El Sr. Somolinos.—Que han dicho en una reunion de vecinos que era preciso ir á buscar de rodillas al príncipe Alfonso.

El Sr. Sorni.—No le digo á su señoría que soy muy liberal?

El Sr. Salaverría.—Que se armen los vecinos.

El Sr. Olave.—El armamento general.

El Sr. Lafuente.—Que se destituyan los Ayuntamientos.

El Sr. Gamazo.—Que se repongán.

El Sr. Sorni.—Calma, señores, no sé si les he dicho á ustedes que soy muy liberal. Además, hay completa tranquilidad en todas partes, la disciplina del ejército está al pelo, cuanto se diga en contrario, son voces propaladas por los pícaros carlistas. Aquí tengo un parte muy fresco, del 14 de Febrero, que acabo de recibir de Puerto-Rico.

De entonces acá, bien puede habérselo tragado el mar. Se sortearon las sesiones.

El Sr. Figueras, leyó un proyecto de ley para que se formen 50 batallones francos y para ello pidió un empréstito de 100 millones de pesetas.

¿Qué sesiones tan provechosas!

¿Qué celo y qué actividad la de nuestros representantes!

Y Martos sin parecer.

¿Y esta Asamblea es la que no quiere disolverse!

¿Pues para qué sirve?

EPITAFIOS.

«Descansa bajo esta losa el canónigo Gaspar.»
«¿Cómo no ha de descansar si jamás hizo otra cosa!»

«El radical Tomás Pinos duerme el sueño de la muerte.»
«No hableis aquí de destinos, que es fácil que se despierte.»

III.
«De Don Alvaro Personal
descansan aquí los restos:
su esposa Doña Política
le consagra este recuerdo.»

IV.
«Aquí yace el talento
de el de Tablada.»
Hace ya muchos años
que no lo usaba.

V.
«Aquí yace la gloria de Mateo.»
Entre cipreses fúnebres te veo!

VII.
«¡Ay! La Parca se cebó
en el cura Don Pascual,
y del mundo le arrancó
cuando empuñaba...—¿El cirial?
—No señor, ¡el chasapote!»

VIII.
«Aquí yace Camilo Peñascal:
con su suegra dos años ha vivido,
y el infeliz ¡es claro! ha fallecido
de muerte natural.»

VIII.
«Abierto está el panteón
que ha de encerrar en buen hora
a Doña Conspiración.»
Mientras exista el turron,
no morirá esa señora.

IX.
«En este nicho reposa
el señor don Blas Canela,
sábido maestro de escuela
de Salamanca y Tortosa.
Fué tanto su padecer,
que en funesta situación,
murió de una indigestión...
(de deseos de comer.)»

X.
«El cesante Don German
reposa en este rincón.
El mundo, con necio afán,
por negarle siempre el pan,
no le ha dado pan-teón.»

XI.
«Bajo esta losa fría
duerme en paz la vetusta monarquía,
que en su vida azarosa
se alimentó de vicios y de engaños...
Respetemos la tumba en que reposa.
¡Y quiera Dios la ocupe muchos años!

VITAL AZA.

DOS LIBROS UTILÍSIMOS.

Accediendo la galante empresa de *La Ilustración Española y Americana*, a los deseos manifestados por nuestro apreciable colega *El Imparcial*, de que se pongan a la venta los dos libros que dicha empresa había hecho exclusivamente para regalar a los suscritores de *La Ilus-*

EL PERO,

NOVELA ORIGINAL
POR

M. RAMOS CARRION.

I.

Aquí tienen Vds. al más infeliz de los mortales.

Yo oí decir una vez a un barquillero, que era más desgraciado que el portillo de Gilmon. Pues bien; admitida la desgracia del citado portillo, yo soy mucho más desgraciado que él.

Me explicaré.

Ustedes habrán conocido seguramente a alguien enamorado de una animal (y perdonen Vds. la cacofonía en gracia de la distinción); pero de seguro no conocerán Vds. a uno que haya tenido necesidad de hacer el amor a un animal.

Van Vds. a conocerle.

II.

Yo me enamoré de una mujer que se llamaba Sofía, y que era viuda.

La conocí en la Fuente Castellana, y—¡fuera modestia!—la gusté tanto como ella a mí.

¡Qué mujer! ¡Qué conversación! ¡Qué amabilidad! ¡Qué todo! Aunque todo no podía yo apreciarlo aún.

Me entusiasmé, y ¡¡ declaré mi amor; es decir, entré en eso que comúnmente llaman relaciones amorosas, y que yo llamo camino de la Vicaría.

Tres días después de haberla conocido, obtuve el permiso que hasta entonces no había querido concederme, a pesar de su vivez, que como ella decía perfectamente, y lo repetía sin cesar para que no se le olvidase, le daba la libertad más amplia para el trato con el sexo feo.

tracion y *La Moda*, nos ha comisionado al efecto, y los admiradores de Emilio Castelar y de Antonio Trueba hallarán en nuestra Administración las dos notables obras (ediciones de lujo), cuyos títulos son los siguientes:

RECUERDOS DE ITALIA.

—POR EMILIO CASTELAR.

Un tomo grueso en cuarto, 24 reales en Madrid, 28 en provincias.

EL GABAN Y LA CHAQUETA.

—POR ANTONIO TRUEBA.

Un tomo grueso en cuarto, 24 reales en Madrid, 28 en provincias.

Son dos primorosas ediciones en papel satinado, a todo lujo. Los pedidos de provincias deben hacerse directamente a nuestra Administración, acompañando el importe en libranza ó letra de fácil cobro.



Un reaccionario que no ejerce.

A VICENTA.

En su álbum.

¿Quiere usted que le cuente de mi vida los amores más tiernos?

Pues voy a complacerla, si me ofrece que guardará el secreto.

Yo adoré a una mujer, casi una niña; Alcoreón fué su pueblo, Y al perder su cariño la infelice, quedó haciendo pucheros.

Amé después a cierta bailarina de cuarto ó quinto término, Y al mes me abandonó, dando su mano a un cabo de serenitas.

III.

Pensando en las perfecciones de aquella viuda modelo, la noche antes del día en que debía pisar su casa por vez primera, se me vinieron a las mientes estos dos versos de un autor que hablaba de la mujer:

«Eva tuvo su manzana,
los demás tienen su pero.»

¿Cuál era el pero de Sofía? Ninguno, a mi juicio, ó estaba tan oculto, que solo Dios y ella lo veían.

Sea como fuere, es lo cierto que aquella noche apenas pude dormir, y cuando el sueño me rindió ya a la madrugada, me entregué a él pensando sin cesar en el pero de Sofía.

IV.

¡Oh desengaños, y qué terribles sois cuando no se os espera! El mío fué espantoso; porque han de saber Vds. que el pero de Sofía, descubierta por mí en la primera visita que le hice, era el más horrible que puede uno figurarse; era, era en fin, un pero con dos rr.

Fausto le llamaba su dueña, y era un animal de hermosa presencia, negros ojos, sedosa lana, patitas delgadas y ligerísimas, cabeza inteligente, en fin, lo que se llama un precioso animal; no le faltaba más que hablar... y no morder.

¡Mujer infame! Decía yo para mis adentros, y lo hubiera dicho con más gusto para los de Sofía, ¡por qué has esperado a descubrirme tu pero hasta el instante en que yo, no conese de dos rr, sino con trescientos te adoraría?

Fué después el encanto de mi alma una chica de Oviedo, Y me dejó la infiel por un Vicente, que era un ente completo.

Fuí a Cádiz y allí ¡tiemblo al pensarlo! amé a un ángel del cielo, que a la vez que conmigo, tuvo amores con varios caballeros.

Por último, una rubia de Alicante llegó a robarme el seso, Y me pidió tres duros una noche bailando unos lanceros.

Ya ve usted si he tenido en este mundo amores callejeros. Y también ya ve usted como he llevado desengaños soberbios.

Por eso ya sin ilusión y triste en el amor no creo, Y tengo el corazón hecho girones a fuerza de camelos.

P. D.

Si sabe usted, no obstante, de una chica que me quiera formal, Aviseme, la pido, nos registran Y... ¡no le digo más!

CÁRLOS CANO.

Dicen que el hábi to no hace al monje, en cambio puede decirse con la experiencia en la mano, que el banco azul hace que todos los hombres que en él se sientan digan todo lo contrario de lo que saben, y que se empeñen en demostrarnos que el País marcha por un camino de rosas, debido exclusivamente a la política del ministerio.

Cuando en tiempo de Ruiz Zorrilla se hablaba de sediciones, incendios, interrupción de líneas y otras muchas calamidades que el País sufría y los republicanos tenían buen cuidado de denunciar, el gobierno se apresuraba a manifestar que eran los ligueros y el oro de la reacción los causantes de todos aquellos males.

Hoy que los republicanos ocupan el poder y que iguales ó peores disturbios y vejaciones sufra la Nación, aquellos se apresuran igualmente a decir que son los carlistas los que tales falsedades propalan.

¡Siempre un fantasma a quien atribuir nuestras constantes calamidades!

La Prusia no parece muy dispuesta a reconocer la República española.

La América no la ha reconocido aún.

La Rusia calla.

La Italia parece que la reconocerá.

Todo esto es prematuro. Lo que se sabe de cierto, es que hay que pagar la contribución.

★ ★

¡Ah! La mujer, digan lo que quieran sus detractores, es el animal de más penetración y de más fondo.

V.

Cuando entré por primera vez en su casa la hallé medio tendida en una butaca, teniendo sobre la falda de su elegante vestido a Fausto, para mí, hasta aquel momento, desconocido rival.

Parecía complacerse la muy infame en que el perro la besara delante de mí, y en hablar sólo de aquel animal, en mal hora nacido.

—Me parece, la dije, ¡que quiera Vd. más al perro que a mí! —¿Quién lo duda? exclamó; hágase Vd. querer como él, y mi cariño será igual para ambos.

¡Igual para ambos! Excuso decir que aquel día salí de la casa desesperado, loco, con intención de no volver.

Pero en vano: al siguiente volví, y al otro, y al otro, y mi sangre se requemaba poco a poco con los celos que había llegado a inspirarme Fausto, y una idea nació en mi cerebro, que parecía una grillera.

¿La adivinan Vds.? Indudablemente.

Fué la de todo celoso: deshacerme de mi rival, matarle.

Pero una frase de Sofía vino a calmar un tanto la exacerbación de mi espíritu. ¡Hemeroteca General!

Un día la pregunté: —¿Me quieres? (ya nos tuteábamos) Y me contestó: —¡Mucho!

—¿Tanto como a Fausto?

—¡Casi tanto!

¡Oh felicidad, no comparable a ninguna! ¡Ser amado por ella!

¡Casi tan amado como su perro! Aseguro a Vds. que aquel día engordé todo lo que había adelgazado desde que la conocí en la Fuente Castellana.

(Se continuará.)

